

Una universidad en una ciudad de maestros



Alfonso Chase

De Edwin León Villalobos, de quien conocíamos algunos trabajos monográficos, y una que otra incursión literaria además de su trayectoria como político, y lo que lo define en su relación humana, esto es decir: el maestro nos llega ahora un interesante, agradable y documentado libro sobre las vicisitudes del ejercicio educativo en Heredia, y las relaciones que al través de casi un siglo ha mantenido esa ciudad con los cambios educativos. No se trata de un tedioso trabajo sobre la historia de la educación en Heredia, sino un ameno recorrido por diferentes aspectos de

la educación nacional, cuyas raíces experimentales pareciera que se encuentran afincadas en esa ciudad y la lucha de nuestros educadores por abrirse a las nuevas tendencias educativas, incomprendido de un medio aldeano y quisquilloso y el paso de la historia, irreversible, por sobre lo caduco o retrógrado.

La obra no debe leerse sólo como una crónica de costumbres, que no es la intención al escribirla, sino como una aproximación a la historia de nuestro desarrollo cultural y educativo, en este siglo, y al desarrollo de las ideas pedagógicas y los aportes individuales de varias figuras cimeras de nuestro pensamiento, cuya valentía y nobleza intelectual nos rescata de la modorra ciudadana. Lo más importante del libro, y lo que lo hace relevante y hermoso, es el hilo conductor que engarza al Colegio de San Agustín, el Liceo de Heredia, la Escuela Normal de Costa Rica, la Escuela Normal Superior y el proyecto que da origen a la Universidad Nacional. Los dos primeros se presentan bajo un clima polémico, como en realidad lo fue, enmarcándolos, para poder entenderlos, dentro del juego de las luchas entre liberales y conservadores, y la inmensa influencia de la iglesia en un medio reducido como lo es la ciudad de Heredia, en donde se ponen en juego, a nivel nacional, una serie de ideas novedosas, heréticas si se quiere, pero congruentes con nuestro desarrollo socio-cultural. Aunque se eluden los calificativos, la transcripción acertada de opiniones, artículos y octavillas de la época, son un marco, jocoso y real, de polémicas irrisorias en donde entran en

juego la ignorancia, los prejuicios y el horror por lo experimental y de los cuales son víctimas personas tan importantes como Brenes Mesén, José María Orozco Casoria, entre otros, hoy Beneméritos de la Patria que se atreven a romper los cánones tradicionales en aras de la verdad histórica o el dar a sus conciudadanos nuevas formas de pensamiento.

El capítulo, para mí el más hermoso, es el dedicado a la Escuela Normal de Costa Rica que es, también, el primer intento por escribir una historia de uno de los momentos más importantes de nuestro desarrollo educativo: un verdadero ensayo pedagógico de avanzada que une a las mentes más brillantes del país y a las ideas más novedosas y congruentes con el desarrollo educativo a nivel mundial. Es el primer intento, también, por hacer justicia a una institución señera en nuestro desarrollo cultural y que inexplicablemente los más jóvenes ignoran, creyendo que solo fue una escuela para formar maestros. Toda la etapa más brillante de la Escuela se halla centrada en la figura de Omar Dengo, quien trascendiendo su propia personalidad, adquiere influencia sobre sus discípulos y emerge en el texto como una figura tan humana y actual que tiene el halo de esos hombres cuya trascendencia sobrepasa al tiempo. Allí emerge, también, el alma de normalista que el autor lleva consigo y la importancia que tuvo para él comprender el "experimento" cuya realización es testimonio vivo en la vida de sus alumnos, sellados para siempre, en las memorables palabras de don Arturo Torres, uno de los pedagogos más impor-

tantes de América, el cual señalaba: Es preciso que nosotros estudiemos los problemas sociales, agrícolas y religiosos de nuestras comunidades y veamos cómo les damos cabida en nuestros programas. La creación de la Universidad Nacional, en 1973, abarca las páginas finales del libro. Como toda idea nueva, siempre afincada en Heredia, tuvo sus reacciones adversas, pero la experiencia de don Uladislao Gámez y su conocimiento del medio, lograron sacar adelante una idea que parecía utópica, para fundar la institución más joven de nuestra educación superior.

El libro se lee de su solo tirón y logra captar nuestro interés y sumergirnos en la historia de una ciudad que ha sido, durante casi un siglo, amable anfitriona, que no participante, del desarrollo y afianzamiento de ideas que han construido nuestra nacionalidad.